

## LA TAUROMAQUIA CONTRA SÍ MISMA

Juan Palette Cazajus\*

Si todo el mundo salimos de la nada  
Y a la nada por Dios que volveremos,  
Me río del mundo que al fin ni él es eterno,  
Por esta vida no más, no más pasamos.  
(Ranchera de Cuco Sánchez)



Todo lo que nos está ocurriendo desde aquel mes de marzo de 2020 en que la pandemia decidió alevosamente sentar sus reales entre nosotros para mudar nuestras existencias se parece a un mal sueño. La repercusión que está teniendo sobre las posibilidades de supervivencia del enfermo preterminal que llamamos “tauromaquia” se parece a otra pesadilla. Pocos son los que entienden que la supervivencia de las culturas humanas depende menos de la calidad de sus contenidos que de sus vitales capacidades de transmisión. La astenia transmisora es hoy una de las características mórbidas de la mayoría de nuestros comportamientos culturales y cívicos pero resulta particularmente severa en el caso de la tauromaquia. Es algo que había intuido perfectamente, hace ya bastantes meses, una destacada militante animalista cuando sugería en una tribuna de prensa que en vista de la suspensión de los festejos taurinos provocada por la pandemia y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, se pusiera definitivo punto final a la nefanda tauromaquia. Los aficionados a los toros tenemos el deber de aprovechar parte del tiempo que no podemos dedicar ni a la asistencia a los ruedos, ni a los gra-

---

\* Filósofo y antropólogo.

tos pero ilusorios episodios de convivencia que prolongan las corridas, aquellos momentos de efervescencia comunitaria que tratan desesperadamente de ocultar su carácter crepuscular detrás de la calidez humana y relacional, para tratar de reflexionar unos instantes sobre la situación de la tauromaquia. Pero se trata de hacerlo con un mínimo de lucidez y de seriedad. No precisamente desde aquel tipo de sentimientos tan propensos a la congratulación y la autocomplacencia que suelen acompañar la euforizante absorción, cuando no impregnación, de gustosos caldos. Y solo piensa de verdad quien lo hace contra sí mismo, tal como lo preconizara Nietzsche, el mismo que calificaba a Séneca de torero de la virtud. No por canónicas resultan menos luminosas las conocidas palabras de Michel Leiri:

«Aquello que acontece en el dominio de la escritura ¿no resulta, acaso, despojado de valor si se queda en lo estético, lo anodino y falto de sanción? ¿Si no hay, en el hecho de escribir una obra, nada que sea un equivalente[...] de lo que es, para el torero, el cuerno acerado del toro cuya materializada amenaza es lo único que le confiere su humana dimensión al arte que ejerce, y así le impide ser nada más que fútil gracia de bailarina?»

Aquí «el hecho de escribir» vale por el hecho de pensar y también vale desde luego por el hecho de torear. Sabemos hasta qué punto proliferan hoy, lo mismo en la literatura taurina que en los propios ruedos, «las fútiles gracias de bailarina». En realidad es como si todo lo que está ocurriendo en el maltrecho mundo de los toros quisiera confirmar el éxito de los votos piadosos tan ansiosamente formulados por la citada animalista: podemos decir que estas dos últimas temporadas están transcurriendo como si la tauromaquia hubiese quedado borrada de un plumazo. El carácter anodino, casi irreal de los festejos que, esporádicamente, se están celebrando en esta temporada de 2021 no nos hará cambiar de opinión. Tal vez convenga hacer una

pequeña excepción con lo que pudo suceder en las plazas de algunos irreductibles pueblos galos donde ciertos indomables Astérix de la tauromaquia todavía parecen empeñados en mantener alguna forma de dignidad y resistencia, como es el caso de Vic-Fezensac o de Céret. De modo que estamos efectivamente en condiciones de imaginar qué pasaría si definitivamente se diera la tan aciaga posibilidad de una desaparición definitiva de la tauromaquia. Pues lo mismo que ahora: probablemente no pasaría nada, o muy poca cosa. Poco más de lo que pasó en 2010 tras la votación que abolía los toros en Cataluña. Los aficionados no suelen montar barricadas, ni incendiar edificios públicos ni agredir a los representantes del orden público si bien, estadísticamente, como en cualquier grupo humano de cierta entidad, tendrá que haber algún descerebrado. Resulta que en la realidad social, la tauromaquia, pasión tan intrínsecamente perversa dicen algunos, tiende a exorcizar y curar la tentación de las pasiones incívicas y nunca hubo en nuestro ADN nada que justificara nuestra cansina catalogación como vestigios de una España bárbara y obsoleta. En pocas ocasiones se produjeron, alrededor de los toros, asonadas tan sonadas como las que tuvieron lugar, precisamente en Barcelona, “el día de Sant Jaume del any trenta-cinc” (25 de Julio 1835). En aquella ocasión, los toros salieron tan mansos en la antigua plaza del Torín, que *«això va ser la causa de cremar els convents»*. Pero la mansedumbre del ganado aquel día solo era un innecesario pretexto para proseguir con la oleada de motines contra los monjes regulares, acusados de simpatía activa con el carlismo, que entonces ya venía estaba asolando Aragón y Cataluña. En general las pasiones políticas cainitas no suelen invadir las plazas de toros. No negaremos que pueden abrirse paso puesto que los aficionados a los toros también son ciudadanos, pero sus estragos suelen aquejar más particularmente a cierta clase de “espectadores”, muy raramente a los verdaderos “aficionados” y no nos

cansaremos de insistir en la diferencia óntica y ética que separa ambas categorías. En las plazas de toros, por supuesto, es habitual que las temperaturas polémicas lleguen a subir muchos grados pero, como en la *stoa* filosófica de Atenas, las causas del acaloramiento deben buscarse habitualmente en cuestiones que ponen en juego categorías éticas tan primordiales como pueden ser las de «verdad» o de «autenticidad» directamente relacionadas, ya sea con el comportamiento de los toros, ya sea con el de los toreros. Volviendo a la aterradora hipótesis que nos ocupa, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, el filósofo Henri Bergson relató su propio asombro ante la rapidez y la inesperada naturalidad con que él mismo se resignó a la irrupción brutal de una catástrofe que momentos antes le pareciera tan imposible como lejana e inimaginable.

La capacidad de adaptación –o de resignación– de la especie humana es casi infinita. En caso de desaparición definitiva de la tauromaquia, unos cuantos quedaríamos sin duda afectados por un síndrome emocional disfórico, por una definitiva mutilación simbólica, pero cualesquiera que fueren el grado y la intensidad de nuestro sufrimiento, pasarían desapercibidos a los ojos de la inmensa mayoría de los indiferentes...y de los eufóricos. Nada comparable con el colapso ocasionado por las actuales pandemias.

Nada cuyo recuerdo el inexorable paso del tiempo no terminase borrando definitivamente de los lóbulos temporales de la humanidad al cabo de, todo lo más, una generación. ¿Acaso somos conscientes de la cantidad de gente, particularmente entre la más joven, para quien la tauromaquia, simplemente, no existe? Hace algo más de un año resultaron bastante sorprendentes las inesperadas soflamas casi leninistas, pero con cierta fragancia de Armani, lanzadas por un torero particularmente mediático. Movidio por la muy loable intención de defender los intereses vitales del sector, reivindicó las corridas de toros en

tanto que segundo espectáculo “de masas” después del fútbol. No seré —espero— el único en considerar que nada hay más desafortunado e incluso desastroso que la consideración de la corrida de toros como un espectáculo “de masas”. «A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al Hombre, que es lo único que nos interesa» escribió Antonio Machado en tiempos todavía más trágicos, en España, que los actuales. La corrida de toros es el único espectáculo que confronta el asistente a su destino individual. El único que requiere del aficionado exigencia analítica, estética y crítica, que lo obliga a definirse a partir de patrones éticos que ponen en juego toda su configuración existencial. Idealmente, el público taurino debería estar constituido por una colección de conciencias individuales particularmente intensas y aumentadas. De ahí la existencia de esa diferencia, casi ontológica, entre el “aficionado” y el “espectador”.

El primero es el resultado de un exigente proceso de autoeducación, casi una *Bildung* en el sentido que Goethe le daba a la palabra. Pero por otra parte tampoco vamos a negar una triste realidad: si los actuales públicos taurinos son cada vez menos masivos en términos numéricos, resultan, eso sí, cada vez más masificados en términos de conocimientos, exigencia y calidad. Esta es la letal paradoja actual.

Porque en realidad la información de nuestro torero era tan ilusa como incorrecta. El susodicho suele torear ante un tipo de público más aficionado al papel cuché de las revistas cardíacas que a los toros de verdad, pero no puede ignorar que el interés actual por las corridas de toros dista de ser generalizado. La “Encuesta de hábitos y prácticas culturales” del Ministerio de Cultura y Deporte para 2018/19 situaba la tauromaquia entre los puestos 10 y 12 de los hábitos culturales con un 8 % de asistentes al conjunto de sus diversas modalidades. Según los datos ofrecidos, durante el año anterior, solo el 5,9% de la población española había acudido concretamente al menos a una corrida de

toros, novillada o corrida de rejones. Merece muy mucho la pena asomarnos a las variantes particulares y regionales de este último e inquietante porcentaje: la cifra más elevada de asistentes la ofrecía Navarra, con un 19,1%, en contraste espectacular con los insignificantes 0,4% de Galicia y 0,9% de Cataluña. En cuanto a las supuestamente taurinas Andalucía y Comunidad de Madrid, no pasaban respectivamente del 7,8 y del 7,3%.

Las pasadas zozobras pandémicas pusieron de moda la lectura, o la relectura, de *La Peste*, de Albert Camus. Merecido es el retorno al primer plano de un pensador cuya filosofía del absurdo debería erigirse en el fundamento de toda reflexión taurina realmente deseosa de lucidez. Aprovecharé para recurrir a una cita suya entre las más excesivamente manoseadas, aquella que dice que «nombrar mal un objeto acrecienta el infortunio del mundo». La riqueza y belleza del vocabulario taurino, rústico, técnico y profesional, es como todos sabemos excepcional pero no existe práctica social y humana tan desastrosamente empeñada en nombrar mal sus objetos morales y suscitar nocivas ambigüedades como la tauromaquia. Mal nombrados, los objetos del pensamiento se convierten en débiles coartadas cuando lo que se necesita son argumentos realmente operativos. Las coartadas son el recurso de quienes son o se sienten culpables. Con carácter general y contra toda evidencia neurocientífica, los aficionados a los toros llevamos siglos cultivando el error histórico de recurrir a un vocabulario antropomórfico para calificar la etología hormonal del toro de lidia. Y así hablamos con ligereza, a su propósito, de “casta”, de “bravura”, de “nobleza”, sirviéndole en bandeja los argumentos al regresivo movimiento animalista actual, obsesionado por borrar las fronteras entre las especies hasta reivindicar una verdadera equiparación cognitiva y ética con el ser humano. Peores resultados todavía esperan a quienes piensan defender y enaltecer la tauromaquia mediante la agitación de un infantil sonajero, la reivindicación de su esencia “cultural”. La tauromaquia es “cul-

tura”, proclaman a modo de muletilla extática. Es decir que la corrida de toros sería equiparable a la ópera o a la filatelia, parecida al ajedrez o al teatro, semejante a la pintura o, después de todo, al mus. Hete aquí que el clan totémico del toro bravo, no duda en reconvertirse en clan del perro faldero para suplicar el beneficio administrativo de su inscripción en una casilla protegida, una más entre las innumerables que componen el cuadro general de las llamadas “prácticas culturales”. O sea que la tauromaquia debería buscar su legitimidad haciéndose un hueco en la amplia gama de los entretenimientos más o menos respetables, reivindicándose como un hobby entre tantos, tan inocente y normalito como cualquier otro.

Pues no. La tauromaquia será todo lo que uno quiera pero no es en absoluto una cosa normalita. Al revés, la tauromaquia constituye una excepcional anomalía. ¿Cómo podría reducirse a una práctica cultural cualquiera esta improbable, sangrienta y peligrosa instrumentación, ética y estética, de la particular etología acometedora de un animal? ¿Esta inaudita convocación, provocación y al final advocación de la muerte? La cultura, aquí reducida a la burocrática lista de las prácticas registradas como tales en los catálogos del ministerio, solo puede entenderse como la suma de todas las ocupaciones, o si prefieren de todas las trampas y los espejismos, que la agentividad humana fue capaz de inventar y sigue inventando para camuflar, entretener y tratar de conjurar la perspectiva resignada de nuestra finitud. Dicho de otra manera, la cultura es nuestra coartada trascendental. La corrida de toros es todo lo contrario. Ella es ostensión provocativa de la muerte y como tal desactiva todas las coartadas tradicionales de la cultura. La corrida de toros solo cabe en un espacio vertiginoso, transgresor y –aceptémoslo– profundamente indigesto para la mayoría.

Entendámonos: no vamos a negar que la tauromaquia sea cultura. Pero lo es en el sentido fundamental, antropológico, de

la palabra. En tanto que verdadero revelador de las estructuras mentales que nos determinan y subliman. Reducida a una coartada vergonzante para mendigar respetabilidad social, la cultura nunca pasará de ser efectivamente eso, un modelo reducido, un bibelot doméstico inadaptado a la escala irreductible de tan arriesgada singularidad como debe ser la taurina. Ninguna otra época contempló en tan poco tiempo como la nuestra tantas definiciones de la palabra cultura. Hasta el punto de que, en pocos años, ya se ha normalizado entre nosotros el uso habitual de la expresión “culturas animales” que sirve para nombrar, por parte de algunas especies, un contado número de muy rudimentarios gestos calificados como «técnicos», o para tratar de dignificar prácticas tan trascendentales, aparentemente, como el aprovechamiento de algún palito, por parte de los chimpancés, a la hora de merendar termitas y extraerlas de sus galerías. Es decir que la palabra cultura se ha banalizado y vaciado de sentido hasta el punto de convertirse en el común denominador de experiencias y prácticas que van desde el casi cero al casi infinito.

Una anomalía, la taurina, que solo es un corolario de la fundamental anomalía originaria, la de la excepción evolutiva significada por la emergencia humana. A buen seguro muchos habrán oído en alguna ocasión la hipótesis peregrina, esgrimida por cierta categoría de autoproclamados “amantes del planeta”, a la vez animalistas y ecologistas radicales, según la cual la Tierra y sus especies serían hoy mucho más “felices” sin la presencia humana. Cuesta pensar que existan personajes incapaces de advertir la aberración cognitiva que permite atreverse a semejante hipótesis. Incapaces de reparar en que un mundo sin presencia de la singularidad evolutiva humana no sería ni feliz ni desgraciado, sino sencillamente mudo e inexpresivo, ajeno a todo proceso de atribución objetiva de existencia y de significación. «El silencio eterno de aquellos espacios infinitos me espanta». decía lucidamente Blaise Pascal (1623-1662). Una

cabeza racional no puede ignorar que el concepto de existencia del mundo permanecería impensable a falta de las herramientas mentales con que el ser humano construyó su propia emergencia. «Con el Hombre la Naturaleza abre los ojos y se da cuenta de que existe». La formulación es difícilmente mejorable y es atribuida, sin que uno lo pueda asegurar, a Friedrich W. J. Schelling (1775-1854). El acceso al mundo es inherente a la capacidad de nombrarlo. Y la densidad sustancial de este acceso

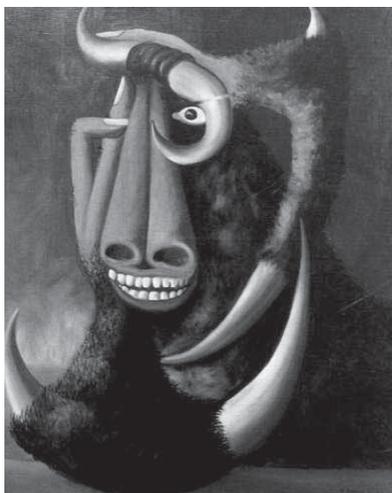


Fig. n.º 26.- “Cabeza de Toro”, autor Oscar Domínguez. Wikioo.org.

dependerá de la densidad sustancial de nuestro lenguaje. De modo que nada de lo que existe lo hace “para” el ser humano, hipótesis propia de la simpleza “creacionista”, sino “desde” el ser humano, hipótesis evolutiva y cognitiva.

Imagínense un segundo que se descubriera un día la existencia de un planeta como el que sueñan nuestros visionarios, idéntico a la Tierra, poblado por las mismas especies, pero preservado de la especie nefasta, la nuestra. Desde la Tierra la

especie nefasta pondría inmediatamente en marcha su irresistible tendencia a la comprensión y atribución de significaciones, su profusa capacidad para la producción de conocimientos y referencias existenciales. Mientras tanto el nuevo planeta, tan supuestamente privilegiado, ahí se quedaría, mudo e inexpressivo. Sus especies pobladoras serían tan incapaces de aportarnos la más mínima información sobre su mundo y sobre sí mismas como lo son las terrenales. En realidad no son los fallos del raciocinio los que realmente arrastran algunos a tan estúpidas hipótesis. Como siempre, detrás de los síntomas de un comportamiento arbitrario, hay que buscar los estragos de las creencias y las fes indemostrables. A nosotros, desde una mirada ecuánime, los animales nos seguirán pareciendo encerrados en el mundo eternamente autista e idéntico de su etograma específico, limitados a su simple corporeidad, ajenos e indiferentes a la extraordinaria proyección y complejidad del mundo que hemos creado. Los animalistas han decidido otra cosa. Para ellos es nuestra ceguera “especista” la que nos impide entender que detrás de sus aparentes límites, muchos animales disfrutaban de una excepcional conciencia sensitiva y existencial, dotada de una inocencia primordial y edénica. Los descabellados promotores de una utopía libre de humanos y los enemigos de la tauromaquia comparten distintos grados de este tipo de creencias. Cualquier reflexión un poco seria nos abocará a una inevitable conclusión: el animalismo cumple sin duda una necesidad histórica y ética, pero considerado en sus estados de máxima expresión y pureza aparece cada vez más como la quintaesencia de un tipo de solipsismo particularmente errático y regresivo.

La variante existencial humana se hizo inconmensurable con las restantes especies cuando se le reveló el horizonte de su finitud. Y esta irrupción de la muerte es la dimensión constitutiva de lo que llamamos conciencia. Esta fue, desde el principio, una noción precaria, incierta y angustiosa. De ahí que resultaran

sin duda simultáneos, a la vez el proceso de acceso a una paulatina conciencia humana de la muerte y la búsqueda de un amparo sobrenatural susceptible de remediar tan eneluctable revelación, mediante el recurso a entidades “compensatorias”, necesariamente inmortales y tutelares, llámense antepasados, espíritus, dioses, Dios. Hoy sabemos que el muy variado conjunto de facultades que configuran toda la complejidad de la llamada conciencia, tiene su dimensión originaria en la biología. Sabemos que las condiciones de posibilidad para la existencia de los semovientes no requieren un alto nivel de conciencia pero exigen disponer al menos de un embrionario “proto sí mismo”, según la terminología usada por el esencial Antonio Damasio. La gradualidad de estas básicas percepciones de sí mismo varía mucho entre las especies. En el caso concreto de nuestro conocido *Bos Taurus* de los ruedos, el contenido cerebral escondido detrás de su burdo y espeso frontal aparece particularmente pobre si lo comparamos con las capacidades cognitivas del chimpancé. Aunque conviene recordar que la inconmensurabilidad de la conciencia humana no se explica tanto por una aplastante ventaja cuantitativa en cuestiones neuronales y sinápticas, como por esa excepcional interacción positiva y acumulativa que practicamos con el medio y con nuestros semejantes desde que nacemos.

Pero esta conciencia de la muerte, constitutiva y exclusiva de la condición humana, ni siquiera entre nosotros acaba nunca de extraerse totalmente de la ganga de la animalidad, hasta el punto de que nunca la experimentamos en toda su terrible fatalidad. Es una conciencia que permanece siempre relativamente borrosa. Para algunos ejemplares de nuestra especie resulta incluso casi tan opaca e inalcanzable como puede serlo para los animales. Por esto surgen esporádicamente entre nosotros personajes capaces, unos de matar y otros de morir, en ambos casos con desconcertante facilidad e indiferencia. Si dis-

pusiéramos, a propósito de la realidad y de la ineluctabilidad de la muerte, de un grado de conciencia tan nítido y cabal como el que alcanzamos en otras facetas de la experiencia cognitiva, la vida se nos haría de todo punto imposible. Lo que hace que la vida sea posible es la lógica persistencia, también entre nosotros, de algunos niveles de conciencia animal no muy superiores al “proto sí” antes considerado y que son los que permiten que nuestras vidas puedan resultar en algún caso “llevaderas”.

De nuestra excepcional, por más que borrosa, conciencia de la muerte procede lógicamente nuestra también excepcional percepción del valor de la vida. “Vida” es palabra muy nuclear entre nosotros, sin duda la más enigmática y reverencial junto con la que le pone nombre a “Dios”. Pero a diferencia de las que designan la divinidad, “vida” es palabra también asequible a definiciones científicas cada vez más sofisticadas y abstractas. En realidad, hablar con propiedad científica de la “vida” es algo que solo debería referirse a la única que sea duradera, la de las especies, por más que tampoco ellas sean eternas. Reduciéndose el papel de los ejemplares individuales a reproducirse y morir, a mayor o menor brevedad, para garantizar la continuidad de las especies. Y así los machos de numerosas especies suelen finar al poco rato de cumplir con su labor de fecundación. La excepcionalidad humana es el resultado de un largo e improbable accidente evolutivo a través del cual los ejemplares de nuestra especie llegaron a trascender aquella función meramente transitoria que les había asignado la biología, y la postularon en tanto que conciencia y meta de una existencia. La consecuencia fue terrible: la muerte, que era una simple fase en la continuidad de la vida orgánica, impersonal y natural, se transformó en el horizonte trágico de nuestro destino tragedia individual. De ahí una valoración, una conciencia, un derecho, una totalidad de sentimientos relativos a la vida que nuestra irresistible tendencia a antropomorfizarlo todo extiende de forma espontánea a otros

muchos seres vivos. Por más que ellos sigan, indiferentes, cumpliendo con su función natural de simples perpetuadores de la especie.

Desde muchísimo antes de las reglas establecidas por el Pentateuco y hasta los actuales supervivientes de los cazadores recolectores, nunca faltaron, en las culturas más diversas, las prohibiciones, los protocolos y los ritos propiciatorios destinados a conjurar el eterno malestar humano frente al sacrificio sangriento, incluso animal. En este preciso momento, contrariamente a lo que se podría pensar, uno no tiene puesta inmediatamente la cabeza en el toro de lidia sino que se está acordando más bien del caballo, de «la más noble conquista del hombre» según frase tópica atribuida al naturalista Buffon. Porque durante un tiempo superior a la mitad de la historia de la tauromaquia moderna la víctima principal de la lidia no fue el toro sino el caballo. A partir de principios del siglo XIX y conforme el matador iba asumiendo el papel protagonista, se irá dejando de picar el burel toro a toro levantado y con vara larga, para hacerlo a toro parado y con vara corta. Entonces empezarán los tiempos de la escabechina caballuna. Los caballos murieron en los ruedos en una proporción dos, tres veces superior al número de toros estoqueados. En algunos casos incluso muy superior. Nuestro respetado José María de Cossío dice que a partir de principios del siglo XX el número de caballos muertos durante la lidia empezó a desaparecer pudorosamente de la reseñas, lo que significaba, además de un síntoma del cambio de las mentalidades, la renuncia a mencionar lo que durante mucho tiempo había sido el patrón ineludible con que se medía la bravura del toro. Aquellos caballos de picar eran pencos viejos, matalones, residuos defectuosos de una época cuyo funcionamiento económico y social contemplaba la necesidad vital e incuestionable de tratar y usar el animal como una herramienta. Mucho más que una evolución inexorable de la sensibilidad

humana, la máquina y el motor fueron los procreadores de la nueva ética compasiva. El caballo, en las condiciones frecuentemente sórdidas que todos conocemos, era efectivamente la verdadera «víctima de la fiesta» como rezaba el título de un famoso cuadro de Zuloaga. Un cuadro monumental (334x284 cm), donde la estampa del viejo picador es casi tan deprimente como la de su jamelgo. El lienzo, fechado en 1910, es un testimonio de la persistencia de un tipo de pesimismo posnoventayochista. Viene empapado por el espíritu estético que caracterizara a un Regoyos o un Gutiérrez Solana. Pero el extraordinario aficionado que fuera Zuloaga intuía asimismo que la excepcionalidad de la fiesta de los toros era un «hecho ético total», en el sentido en que Marcel Mauss podía hablar de «*fait social total*», lo que exigía demostrar lucidez frente a su realidad, así como la necesaria percepción y asunción de su faceta descarnada.

Si lo consideramos desde los habituales criterios que nos impelen a la antropomorfización de los animales, veremos que el caballo siempre fue objeto de un trato muy singular. Más valorado y apreciado a veces que la mayoría de los humanos cuando se trata de un ejemplar de pura sangre excepcional o, en tiempos pasados, de la mítica montura de un poderoso, resultaba absolutamente menospreciado y desechado en su condición de patético jamelgo de labor, particularmente en contexto urbano. En el caso del caballo de picar, no es solamente que nunca se apreciara la menor tentativa de humanizarlo sino que se insistió en despojarlo hasta de su propia identidad de caballo y ello a unos niveles difícilmente imaginables, sin duda para exorcizar el creciente malestar frente a su patético destino. En el estupendo *Léxico español de los toros* reunido por José Carlos de Torres se nos recuerda la costumbre de reducir el caballo muerto a una condición ictiológica, por parte de los revisteros decimonónicos que lo calificaban de «almeja, arenque, besugo, bacalao, caballa, heterobranquio» y un muy largo etcétera.

Debemos considerar que durante todo el tiempo transcurrido hasta que se impusiera el peto, caracterizado por la presencia de constantes y rutinarias “sardinas”, penosamente esparcidas por la arena de los redondeles, la muerte del toro llegó a pasar prácticamente desapercibida.

Insignificante resultaba en comparación con la multitudinaria, espectacular y descarnada inmolación de los equinos.

En tanto que “hecho ético total”, la corrida de toros ocupa un vértice particularmente inconfortable en el debate axiológico, una línea de cresta donde chocan y se atropellan retos y preguntas que desafían los límites de las respuestas asequibles al discurso racional. Un vértice donde las posibilidades electivas son pocas y cruciales siempre que rechacemos caer en las inercias de la rutina y de la facilidad, en las trampas del maniqueísmo y de la demagogia, disponibles y tentadoras cualquiera que sea la opción considerada. Matar nunca fue, nunca puede ser, un acto inocente.

Colocado en el insostenible filo de la navaja, el verdadero aficionado a los toros es aquel que, sopesado y asumido el trascendental dilema, decide que la lucidez del relato y de los desafíos que propone la tauromaquia, los espacios que abre a una privilegiada percepción y asunción de las contradicciones, que conforman la excepcionalidad humana, son hoy más asumibles que nunca. El aficionado a los toros es el mejor avatar del Sísifo de Albert Camus, carga siempre con la roca de una pura aporía. Las negaciones simplistas que sus enemigod oponen al titular taurino son pueriles confrontadas a la grandeza del drama de Sísifo. Por esto el aficionado a los toros nunca puede ser un simple animal de costumbres.

¡Cuántas veces tiene uno la sensación de que buena parte del público que todavía acude a los toros lo hace como quien va a la oficina! No siempre, desgraciadamente, suele estar el aficionado a la altura de la excepcionalidad y de la exigencia ética

de un ritual tan polémico y excepcional. «¡Qué duro resulta ser amado por gilipollas!» decía Mahoma en la viñeta que provocara, en 2015, la salvaje matanza parisina de los periodistas de Charlie Hebdo. La maltrecha tauromaquia tiene hoy sobrados motivos para pensar lo mismo de muchos de sus defensores. El animalismo actual en su dimensión más virulenta, es decir la equiparación antropomórfica de humanos y animales, es actualmente un fenómeno de amplitud mundial. Es omnipresente en todo momento y lugar. Sus metástasis en las sociedades son cada vez más profundas, y sus portavoces todo menos idiotas y siempre más activos y mayoritarios en las universidades, en los medios y en la literatura. Sus enunciados y aseveraciones vienen calando cada vez más hondo en la masa de los indiferentes.

Pero buena parte de los aficionados a los toros sigue pensando que solo se enfrentan a una panda de “perroflautas” majaderos. O bien, confundiendo el culo con las témporas, siguen creyendo que ellos son los dignos heraldos de no se sabe bien qué etérea “esencia” nacional cuya más sagrada encarnación es la tauromaquia. La mayoría de los intelectuales “progresistas” que llegaron a acercarse a la tauromaquia en los momentos esperanzadores que siguieron el final de la dictadura han regresado a sus tradicionales aspavientos. En defensa de la tauromaquia, los peores tópicos reaccionarios, las argumentaciones más casposas han vuelto a ser, con escasas excepciones, lo único audible. A veces se impone el desánimo y le roza a uno la tentación de abandonarse al razonamiento deductivo/regresivo: si la tauromaquia ya solo es susceptible de alumbrar discursos tartajosos, tediosos, a menudo cochambrosos, será que merece su azaroso destino.

En el fondo, exceptuando el toro, la mayoría de los aficionados mantienen con los animales una relación en todo punto conforme a la ideología dominante. No es difícil comprobar que buen número de ellos participan de la peligrosa deriva

antropológica, actualmente imperante y que llamaremos cinofilia puesto que parece hallar en los cánidos las experiencias de convivencia y relación con la alteridad más gratificantes para sus afectos. La cinofilia es una preocupante paradoja que ve el horizonte emocional de muchas personas determinado por las relaciones con un animal particularmente artificial, puro producto, en cualquiera de sus incontables variantes raciales, de la voluntad y de la selección humana. Un extraño viaje entre la fusión y la confusión. Claro que también Manuel Chaves Nogales se permitía recordarnos, ya en 1935, que «los toros de lidia son hoy un producto de la civilización, una elaboración industrial estandarizada como los perfumes Coty». Pero la función ritual y social que cumple el toro en el ruedo es la exacta antítesis de la que desempeña la mascota perruna. La muerte del toro sirve para conjurar toda confusión y recordar incansablemente la necesidad de una diferenciación fundamental entre la anomia animal y las exigencias de la hominización. Los niños suelen derribar de un manotazo las construcciones que tantas horas les costó levantar. La corrida de toros vela a su manera por que la infantil y regresiva equiparación animalista de las especies no termine derribando de un manotazo la trabajosa e incierta edificación por los humanos de la frágil excepcionalidad del Ser.

Hace poco murieron muchas decenas de miles de nuestros allegados, amigos y semejantes en situaciones de aleatoriedad, de soledad y de indiferencia que nunca pensamos que volverían a ser posibles. Se indignaron los demagogos de la recuperación política: «murieron como animales». Pero toda muerte es, por definición, animal. Nada en la gélida y eterna indiferencia del mundo podía anticipar que algún día una especie llegaría a saberse mortal condenándose así a una condición definitivamente absurda, la de seres dotados de un espíritu que se siente eterno pero se ve arrastrado a la nada por un cuerpo que se sabe transitorio. De este sentimiento absur-

do participan nuestras tentativas para humanizar el entorno de nuestras propias muertes con unas escenografías rituales y materiales que tratan de exorcisar la terrible realidad de su animalidad fundamental. De modo que tantos miles de muertos abandonados a las garras despiadadas de la pandemia nos devolvieron brutalmente a nuestra insignificancia de ejemplares desechables de la especie y desarbolaron por un tiempo el entramado de los consuelos con que la sociedad trataba de aliviar la hora del trance. Todos intuimos que aquellas muertes, más epizoóticas que epidémicas, violaban la dignidad de la condición humana y revelaban su precariedad, la de quienes perecieron y la de quienes sobrevivieron.

Porque creo que el impacto sobre todos nosotros de la pasada y bien parece que interminable tragedia se entenderá mejor calificándola de epizootia. Apuesto por otra parte que los más coherentes entre los animalistas considerarán obsoleta y ofensiva para la dignidad animal la permanencia de la actual diferenciación entre “epidemia” y “epizootia”. Coincidiré con ellos al menos en el hecho que la palabra epizootia me parece más adecuada para calificar el estado de abandono y desvalimiento en que se encontraron y siguen encontrándose muchas personas, ese sentimiento de repentina e inesperada degradación de su dimensión humana. Sobre la nueva realidad de este indeseado trasfondo aparece particularmente diáfano el significado de la corrida de toros. En el ruedo, el toro “debe” morir y el torero «puede» morir. Ninguno de los dos elementos tiene el menor sentido sin la presencia del otro y ambos son imprescindibles. Porque se trata de escenificar una jerarquía que reivindica la excepcional particularidad y dignidad de la vida humana. En tanto que animal, el hombre es mortal, pero nunca debe morir como un animal. Nótese que en esto, la corrida de toros se muestra como la negación de la guerra. El torero es el héroe catártico por excelencia. Encarna y ritualiza en el ruedo el carácter hero-

ico que debe asumir, desde que nos supimos mortales, toda existencia humana si fuese realmente consciente de sí misma y pretendiera sobrellevarse con dignidad. La especial euforia que nos embarga tras la faena redonda a un toro que realmente lo sea, difiere radicalmente del grato sentimiento que sigue la lectura de un buen libro o la contemplación de un Caravaggio. En ese caso nos sentiremos más ricos. Tras la faena ejemplar, nos sentimos más vivos, lo que heredamos es un excepcional suplemento de existencia, un enriquecimiento de la calidad del Ser.

## BIBLIOGRAFÍA

- Camus, Albert (2001): *El Mito de Sísifo*, Alianza editorial.
- Damasio, Antonio (1994)(red. 2006): *El error de Descartes*, Ed. Crítica.
- \_\_\_\_\_ (1999)(red. 2001): *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*, Debate, Madrid.
- Leiris, Michel (2005): *Edad de hombre*; (precedido de) “La literatura considerada como una Tauromaquia”, Pamplona, Laetoli.

